



EL BIENESTAR ANIMAL Y LA PRODUCCIÓN GANADERA

Un aporte de Raciones Argentinas al bienestar de los bovinos y a la calidad de la carne

Dr. Marcos Giménez Zapiola

Consultor Área Bienestar Animal Raciones Argentinas S.R.L.

En general, cuando se habla de Bienestar Animal en la ganadería bovina no se consulta a la mayor autoridad sobre el tema, que es el propio vacuno. Más bien, se discuten –y se aplican- las ideas que los humanos tenemos sobre lo que es bueno para los animales, como si fuera un derecho o deber implícito en nuestra condición de especie superior.

En rigor, el animal es el mejor juez de su propio bienestar. El problema es que no nos puede comunicar su parecer en nuestro propio idioma, sino en el suyo. Y nosotros no siempre hacemos un esfuerzo honesto por entenderlo.

Ponerse en el lugar del vacuno

Pensar en el bienestar animal en la producción ganadera y cárnica significa mirar el proceso desde el punto de vista del animal, y subsidiariamente desde el nuestro.

El ideal sería poder preguntarle a la vaca qué le gusta y qué le disgusta. Lamentablemente, eso no es posible. Pero hay caminos indirectos para obtener esa información. Lo importante es no atribuirle al animal nuestros gustos y aversiones, y aprender a mirar objetivamente al vacuno.



Lenguaje corporal

La mayor parte de la comunicación entre humanos y bovinos no es consciente. Les hablamos más con nuestras posturas y movimientos que con todas las órdenes que les podamos dar. Por ejemplo, si los miramos fijo, reaccionarán defensivamente al instante. Lo mismo si nos aproximamos directamente a ellos (en vez de hacerlo tangencialmente), si movemos mucho los brazos, si hacemos movimientos bruscos, si vamos con los brazos hacia delante y las manos abiertas, etc. Conviene adoptar un paso cansino, con los brazos pegados al cuerpo y hasta con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha y la mirada hacia el piso, observando a los animales con la visión periférica.

El vacuno es “escondedor”

No es fácil interpretar el comportamiento del bovino en cuanto a su bienestar o malestar, no sólo porque no habla sino porque tiende a ocultar su estado de ánimo. Por ejemplo, un animal que se siente débil o enfermo, sobre todo en un entorno como el del corral de engorde, tratará de pasar desapercibido. Esto se debe a que, por mucho que hablemos de ser buenos con los animales, ellos no siempre lo son entre sí. Por el contrario, la vida social de los vacunos es bastante más dura de lo que creemos. Sin llegar al extremo de los peces, donde el grande se come al chico, es claro que el vacuno grande come y bebe antes y mejor que el chico. Los bovinos son muy gregarios y a la vez muy jerárquicos, y una vez establecido el orden de dominación, ningún animal de abajo va a adelantarse al de arriba. Si un animal se enferma y debilita, rápidamente pierde status y pasa a ser relegado en la escalera social. Por eso trata de que nadie se dé cuenta de su problema, y eso nos incluye a nosotros.

El arte de detectar antes al animal enfermo

Normalmente, la detección de algunas enfermedades ocurre cuando el animal tiene síntomas externos manifiestos, no cuando se empieza a sentir mal. De ahí la agudeza de la recomendación para recorredores que hiciera Bud Williams, notable especialista en manejo del ganado (1932-2012): si al recorrer un lote con la vista se ha mirado dos veces a un animal, hay que ocuparse de él, pues por algo ha llamado nuestra atención. No hay que esperar a que eso que nos hizo mirarlo dos veces avance y se manifieste como una enfermedad con todas las letras, porque quizás sea tarde. Lo habitual es que ese animal que desentona en la manada sólo sea registrado como “dudoso”, y que se espere al día siguiente o al tercero para comprobar que estaba enfermo. A veces, bastan las orejas un poco caídas, la mirada opaca o simplemente una postura que “no hace juego” con el resto del grupo. Atenderlo en vez de esperar a estar seguro, de eso se trata el bienestar de ese animal.



La solución de Temple Grandin

Cuando la empresa McDonald's decidió adoptar la idea del bienestar animal, contrató a la célebre zootécnica Temple Grandin para que le elaborara un sistema simple y práctico de medición y control de la calidad del manejo en los frigoríficos proveedores.

Contra lo que se podía haber esperado de una profesora universitaria, la Dra. Grandin ideó un esquema muy claro, apto para ser aplicado por personas sin altos niveles educativos. Su propuesta, que quince años después es de uso generalizado, se basó en registrar cosas simples. Por ejemplo, de cada 100 animales que ingresaban al frigorífico, cuántos:

- 1) Esperaban más de 15 minutos para ser descargados (siendo aceptable no más del 75%).
- 2) Marchaban más rápido que al paso o al trote (no más del 25%).
- 3) Se resbalaban (máximo: 3%) o caían (no más del 1%).
- 4) Se golpeaban contra obstáculos físicos (no más del 2%).
- 5) Balaban o mugían (no más del 3%).
- 6) Recibían aplicaciones de picana eléctrica (no más del 25%).

Además, se debía medir la eficacia del noqueo o insensibilización previo a la faena, con márgenes de tolerancia más estrictos.

Se trata de indicadores fáciles de ver y de contar durante el mismo proceso, no de análisis complejos (cortisol, pH) cuyos resultados llegarán tiempo después. Y sin embargo, miden muy bien el bienestar o malestar de los animales, porque atienden a las cosas que le importan mucho al vacuno: no resbalarse, no caerse, no golpearse, y otras que indican que no la está pasando bien: vocalizar, correr, esperar en el camión, recibir choques eléctricos.

Ponerse en el lugar del vacuno

La ventaja del enfoque de Temple Grandin es que mira el problema desde el punto de vista de la vaca. Lo mismo hacía al comienzo de su carrera, cuando recorría agachada los corrales y mangas, para ver lo mismo que veían los animales, ante la incomprensión de quienes la observaban. Sin embargo, ese ejercicio tan simple le permitió mejorar sustancialmente el diseño de las instalaciones de trabajo, sobre todo de las plantas de faena.



El bienestar humano no sirve para los animales

Cuando las exigencias de bienestar animal son una extrapolación de la visión humana a los animales, se termina en esquemas poco útiles para la vaca, por más que hagan sentir muy bien a algunos de sus supuestos defensores. Es lo que se denomina antropomorfismo: se atribuyen a los animales características propias de los humanos. “Si algo es bueno para mí, también debe serlo para el vacuno”.

No existe la jornada laboral vacuna

Un ejemplo de ello es el límite de 8 horas para la permanencia del animal en un medio de transporte. Para los humanos, la jornada de 8 horas es una conquista social indiscutible y una medida de bienestar humano. No existe fundamento científico para imponer igual criterio en el transporte de ganado, salvo que se procure el bienestar del camionero, en cuyo caso las 8 horas por tramo o turno sería una buena idea.

En particular, no hay estudio que demuestre que a partir de las 8 horas arriba del camión los animales comienzan a sufrir. Es muy probable que el vacuno carezca del sentido del tiempo que tenemos los humanos, y que se guíe más por la luz solar que por las horas del reloj. Al contrario, hay estudios que demuestran que los niveles de estrés aumentan con las detenciones, bajadas y subidas más que con las horas de viaje. Ni hablar de otras consecuencias negativas de este sistema para la difusión de enfermedades y el desarrollo de epidemias.



Con el mismo paradigma, se exige a los ganaderos europeos sistemas de ventilación, controles de la temperatura y humedad, etc., cuando lo que realmente le gustaría a la vaca es estar al aire libre y a la sombra de los árboles.

El buen transporte de la vaca

Esto no significa que no se pueda mejorar, y mucho, las condiciones de transporte del ganado en nuestro país. Pero esas mejoras tienen poco que ver con una jornada máxima de 8 horas, y mucho que ver con la densidad de carga, las características de la jaula, el estado de los caminos, los horarios, el tráfico y, sobre todo, la calidad profesional del transportista. Si se quiere reducir el maltrato y las pérdidas, se puede comenzar por capacitar a unos pocos centenares de transportistas, y con el 10% del esfuerzo se obtendrá el 90% de los resultados.

Para el feedlot, el gran aporte a esta faceta del bienestar animal puede ser descargar sin demoras las tropas a su arribo al establecimiento.



Los tratamientos en la manga

Es creencia generalizada que al vacuno no le gusta la manga por las inyecciones. De todas las cosas que el vacuno sufre a manos del humano, las inyecciones distan de ser las más importantes. Son un caso típico de antropomorfismo: les duelen mucho más a los humanos que a los bovinos.

Lo que seguramente altera al animal es que para darle la inyección lo hacinemos en el toril, y luego en la manga, en un contexto de maltrato generalizado (gritos, golpes, azotes, perros, etc.). Peor aún si las inyecciones se deben aplicar en el cuello, como es normal: no son los pinchazos lo que les molesta de la manga, sino que les atacamos el cuello, que es una zona crítica para el bovino, porque sabe que allí es donde se lo puede matar.



Cuestiones de vida o muerte

En el cepo, las vacas (y los toros) no se desesperan porque se les introduzca la mano y el antebrazo en el recto, pues su supervivencia no depende de ello. Se desesperan porque el cepo los aprisiona del cogote, del mismo modo que sus predadores los matan en el mundo natural: aprisionándoles la garganta.

Si este ataque al cuello se produce en un contexto de agresión generalizada, como es habitual en el trabajo de manga, es obvio que el vacuno se va a resistir. Si en cambio los animales han sido embretados en calma, toleran mucho mejor nuestros pinchazos en su zona vulnerable.

En igual sentido, los cepos hidráulicos inventados por los norteamericanos, que inmovilizan al animal por los flancos más que por el cuello, les resultan mucho menos molestos. De todos modos, lo importante es recordar que las inyecciones son un problema para nosotros, no para los bovinos.



Uso y abuso del cepo

La sujeción en el cepo es una práctica de rutina en el trabajo con el ganado, pero también es una de las operaciones más perjudiciales para el bienestar animal, porque inmoviliza al animal, pero más aún porque lo toma por el cuello. Esto no significa que haya que prohibirla, sino que hay que tener conciencia de su impacto negativo. Si se va a inseminar, por ejemplo, hay otras alternativas de sujeción menos aversivas, es decir, que generen menos rechazo o resistencia en el animal.

A veces, al maltrato del cepo se agrega el maltrato en la forma de aplicarlo. Como en otros órdenes de la vida, hay formas mejores y peores de hacer las cosas, es decir, de "encepar". Una forma muy común de maltrato innecesario ocurre cuando el animal es inmovilizado de una forma brutal, pues viene a la carrera y se lo frena "en seco" con el cepo: doble sufrimiento, difícil de olvidar, que cada tanto arruina una vaca porque la deja manca o renga.

Esto se evita si se hace avanzar a los animales al paso o se los frena con una tranca al final de la manga, y el cepo es aplicado con moderación.



Caerse es morir

La sensibilidad en el cogote también se manifiesta en otras tareas típicas del campo, como la enlazada. Al miedo por el ataque al cuello se suma la volteada y el aislamiento de la manada, otras dos cosas que los vacunos procuran evitar, también por instinto de supervivencia: una vez caído y apartado, el animal está a merced de sus predadores.

De esta reacción instintiva se deriva el estrés que sufren los vacunos cuando se los expone a caer al piso. No vale nuestro dicho “un resbalón no es caída”, pues para ellos es una cuestión de supervivencia. Por esta razón, tanto los resbalones como las caídas son dos indicadores claves para medir el bienestar animal en las plantas de faena.

Si el cepo es débil, o no se cuenta con “aprieta-vacío”, se suele atar una pata del animal y levantarla para inmovilizar al animal, lo que afecta su estabilidad y lo aterroriza. Es natural que el tacto rectal o la revisión de toros sean estresantes, pero no es por el tacto en sí, por el raspaje de prepucio o la palpación de testículos. Es por todo lo demás.

Lo que les duele

Para saber lo que le duele a los bovinos, hay que aprender a observar sus reacciones. Las vacas no hablan con palabras, pero manifiestan su dolor o su temor con balidos (“vocalizaciones”). También expresan miedo y estrés a través del bosteo y la orina.

Por ahora, muchas cosas que les duelen son inevitables: marcación, descornada, castración. Sobre esto, hay ideas que quizás no se ajusten a las prevalecientes en nuestro país. Hay países que han prohibido la marca a fuego, la descornada o castración sin anestesia (a partir de cierta edad), o sin



intervención de un cirujano veterinario, etc. Conviene estar preparados para exigencias externas en estos órdenes, para no recaer en la aceptación unilateral de prohibiciones que no sólo no nos convienen, sino que además no tienen sustento científico. Es obvio que la marca a fuego puede ser dolorosa, pero a los fines comparativos, habría que medir el sufrimiento animal por la aplicación de caravanas.

¿Significa esto que la ganadería moderna es necesariamente atentatoria contra el bienestar de los animales? De ninguna manera. Todo está en la forma en que se hacen estas cosas aversivas, es decir, que generan aversión o rechazo.

Conducta amistosa o agresiva

Hay maneras amigables y maneras agresivas de hacer las cosas desagradables o dolorosas. La forma habitual en que se trabaja el ganado se parece más a lo segundo que a lo primero. Hay gente que no puede trabajar sin maltratar a la hacienda: estos malos hábitos generan en los animales una actitud permanente de prevención y de temor, que hace difíciles incluso las tareas más fáciles.

El ejemplo más común es el mal uso de los perros. La presencia de perros, salvo excepciones sumamente infrecuentes, no agrada a los bovinos. El perro es un gran amigo del hombre, pero es un enemigo histórico, casi diríamos genético, del vacuno. Está en la herencia de la especie bovina que los caninos son un peligro para la supervivencia, y eso es muy difícil de modificar. De modo que muchas faenas que en sí mismas podrían contribuir a amansar el ganado, a “amigarlo” con nosotros, como la recorrida diaria, las juntadas, los arrees, los cambios de potrero o parcela, se convierten en fuentes de estrés para el vacuno, simplemente porque vamos acompañados por perros agresivos, o simplemente por muchos perros.

Esta situación podría compararse, para que la entendamos los humanos, con otras de nuestra propia experiencia: a muchos argentinos nos gusta el fútbol, pero hemos dejado de concurrir a los estadios para no exponernos a situaciones aversivas.



Agresiones inútiles

Hay una gama de acciones que a nosotros nos parecen intrascendentes, pero que afectan mucho al ganado bovino. La más notable es el grito. El vacuno es extremadamente sensible a los gritos, de modo que el hábito casi universal de trabajar a los gritos es muy contraproducente. El tema ha sido estudiado en el Hemisferio Norte, donde se ha comprobado que el griterío es más aversivo que el uso de la picana eléctrica o los azotes: no sólo aumenta el estrés de los animales (medido por el cortisol en la sangre) sino que alarga los tiempos de trabajo.

Se puede gritar. Lo que no conviene es trabajar a los gritos, que sólo logran confundir y asustar al ganado. Para gritar, es bueno atenerse a la recomendación de José Hernández de usar sonidos graves. De esta forma, el grito no es agresivo, sino una señal que recuerda al animal nuestra presencia y posición. El error está en pensar que uno va a mover la hacienda a los gritos.



El acoso laboral

Es una forma muy difundida de maltrato. Una situación típica de acoso se suele observar en los remates de toros: entran tres toros a la pista, y de inmediato comienzan a ser perseguidos por otros tantos operarios que, munidos de sendas varillas, comienzan a seguirlos a sol y a sombra, picaneándolos sin pausa. ¿Qué pretenden? Para hacer que esos toros se muevan, no hace falta andar acosándolos y molestándolos: basta con moverse lentamente alrededor de ellos, o entre ellos cada tanto. Este acoso a animales que no tienen salida, y que además tienen más personalidad, puede terminar mal, para el propio animal, que trata de escaparse atropellando o saltando, y para el humano, que es atacado por el toro, harto del acoso.

Ojos que no ven...

Los vacunos se asustan de lo que ven, de modo que una forma muy simple de reducir su miedo es taparles la visión. Esto funciona de muchas maneras. La más simple es taparle el ojo al animal que se ha enlazado y volteado para hacerle algún tratamiento. La más compleja es hacer instalaciones totalmente ciegas, donde el animal sólo vea hacia donde debe marchar.

Hay trabajos que, por hacerse en instalaciones abiertas, permiten al animal ver más de lo necesario. Una de ellas es la inseminación artificial, donde la hembra se siente rodeada de posibles amenazas en constante movimiento. En EE.UU. se utiliza una casilla cerrada (*dark box*) para inseminar, que permite evitar el uso del cepo porque el animal, al no ver luz ni movimientos, se queda quieto y en calma. Teniendo en cuenta que la concepción es un proceso muy delicado, todo aquello que ayude a mantener al animal en calma seguramente contribuirá a mejorar los resultados.

El trato que le gusta al vacuno

En el fondo, no es tan distinto de lo que nos puede gustar a los humanos: un trato amigable.

Amigable no significa hacerle caricias: basta con no encarar al animal con una actitud hostil, autoritaria, carcelaria o represiva. No usamos este tipo de actitudes en la vida cotidiana, salvo que nuestra profesión exija imponernos por el miedo. No es el caso del trabajo con vacunos, con los cuales no hace falta el miedo para que nos respeten; es más, como también sucede entre humanos, el miedo no siempre trae respeto: a veces incita a la agresión.

Hacer los deberes

Pensar en el bienestar animal es pensar en el mediano plazo. Pero es un mediano plazo cierto, no una conjetura. Además de los beneficios directos e inmediatos que reporta a todos los actores de la cadena ganadera, hay que insertarse en un mundo donde, nos guste o no, el bienestar animal es parte integral de la ganadería del siglo XXI.



Los vacunos prefieren que no les hagamos estas cosas

1. Gritarles
2. Golpearlos, azotarlos
3. Apurarlos, moverlos a las corridas
4. Hacer que se golpeen (entre sí o con objetos)
5. Echarles los perros
6. Amontonarlos, hacinarlos, acorralarlos sin salida
7. Picanearlos
8. Aislar a un individuo de su manada
9. Voltarlos o exponerlos a resbalar y caer
10. Atacarles el cogote (con el lazo, en la manga o en el cepo)

Sólo las dos últimas cosas son necesarias en el manejo del ganado, para administrarle medicamentos. Hay que despojarlas de las otras formas de maltrato que suelen acompañarlas.